

LAS REFLEXIONES DE ANTOINE MEILLET SOBRE LA LINGÜÍSTICA DESCRIPTIVA*

PABLO CANO LÓPEZ

Universidade de Santiago de Compostela

Con frecuencia se ha dado a entender que las tres o cuatro primeras décadas del siglo XX fueron el escenario de una suerte de guerra entre dos generaciones de lingüistas: de un lado, los *viejos*, que habían nacido en torno a 1865, y que se habían formado, por tanto, durante el período de esplendor de la escuela de los neogramáticos¹; de otro lado, los *jóvenes*, nacidos en el ocaso del Ochocientos o en el albor del Novecientos, inquietos, rebeldes, hostiles a las certidumbres de la generación anterior (que a ellos se les antojaban bien engañosas, bien incompletas). Un ejemplo de esta forma de reconstruir aquel pasado (tan reciente todavía, por lo demás) nos lo proporciona Jean-Pierre Corneille, autor de un exitoso estudio sobre los alcances y los métodos de *La linguistique structurale* (1976). Corneille habla de “[una] ruptura entre los jóvenes estructuralistas y sus mayores”, provocada, sobre todo, por la “falta de comprensión” de que adolecieron los “mayores” (1976: 10). Así, conforme al cuadro que Corneille esboza, *joven* equivale a *estructuralista* (o tal vez a *moderno*); y *viejo* es, por su parte, un cuasi-sinónimo de *tradicionalista*. Debemos admitir que esta partición de la comunidad científica es atractiva por lo nítida y lo simple. ¿Es también compatible con el amor al detalle, a la exactitud, que debiera presidir todas las investigaciones de carácter histórico? He ahí la cuestión...

Cuestión a la que nos inclinamos a responder negativamente, y ello por dos razones que creemos de peso. En primer lugar, está más que comprobado que no todos los *jóvenes* fueron pioneros de la *modernidad*: algunos, pocos, reaccionaron enérgicamente contra ella; otros, la mayoría, continuaron absortos en sus investigaciones particulares, e intentaron mantenerse al margen de las controversias de carácter teórico (que tan del gusto de los *modernos* eran)². En segundo lugar, tampoco los *viejos* formaban un bloque macizo, sin fisuras. Por extraño que parezca, algunos de entre ellos sintieron un profundo respeto por las nuevas ideas y una sincera simpatía por sus defensores, y nunca trataron de disimularlo. Lo que nos ha conducido a

* A lo largo del período de realización de esta comunicación he sido beneficiario de una de las becas predoctorales para Humanidades que concede la Fundación “Caja Madrid”.

¹ Como representante del primer grupo podemos citar a Björn Collinder (1894-1983), que a principios de los años sesenta aún veía en el auge del descriptivismo estructuralista un síntoma de indolencia, de arribismo, y de falta de conocimientos positivos (1962: 5). Por lo que hace al segundo, bastante más nutrido, nos contentaremos con mencionar a Michel Lejeune (1907-2000), un discípulo de Meillet que se granjeó una excelente reputación como estudioso del griego clásico y de las lenguas célticas e itálicas. Lejeune era más joven que Vilém Mathesius (1882-1945), Nikolai S. Trubetzkoy (1890-1938), Roman Jakobson (1896-1982) y Louis Hjelmslev (1899-1965), y sólo un año más viejo que André Martinet (1908-1999). Mas, a pesar de su *juventud*, no se involucró en controversias sobre cuestiones de principio (que eran tan del gusto de los pioneros de la lingüística *moderna*). Él siempre prefirió permanecer dentro de los estrechos pero apacibles senderos de la tradición. Por lo que sabemos, sólo ha dejado un escrito de carácter teórico: “Conditions générales des changements linguistiques”, su contribución al primer volumen de la *Encyclopédie française (L'outillage mental: pensée, langage, mathématique)* (1937). Creemos que el ejemplo de Lejeune demuestra que el conflicto entre los *tradicionalistas* y los *estructuralistas* (supuesto que existiesen dos bandos delimitados con total claridad) no se puede reducir a una simple querrela entre generaciones.

² Cuya acmé podría situarse en torno a los años 1886-1893, durante los cuales se publicó la primera edición del *Grundriss der vergleichenden Grammatik der indogermanischen Sprachen*, de Karl Brugman (1849-1919). Quisiéramos indicar, por lo demás, que el término *escuela* se toma aquí en un sentido sumamente lato; no tenemos, pues, intención de embarcarnos en discusiones sobre el grado de cohesión del grupo, sobre el cómo y el porqué de su nacimiento, sobre la duración de los lazos que unían a sus miembros, etc.

confeccionar este trabajo ha sido, precisamente, el deseo de proporcionar pruebas favorables a esta segunda tesis, porque nos figuramos que puede tropezar con más resistencias que la primera.

1. En muchas ocasiones se ha sugerido que una de las pruebas del abismo que mediaba entre *viejos* y *jóvenes* es la supuesta incapacidad de aquéllos para comprender el principio de la distinción entre los puntos de vista sincrónico y diacrónico. De hecho, algunos célebres representantes del segundo grupo se han atribuido a sí mismos el mérito de ser los primeros en percatarse de la existencia de los dos enfoques alternativos. André Martinet, por ejemplo, ha aseverado que “en realidad, la mayoría de los lingüistas, hasta el amanecer de la lingüística estructural, no se habían dado cuenta de la necesidad de distinguir entre sincronía y diacronía” (1962: 177). Bien es verdad –puntualizan los más comprensivos de entre los *jóvenes*– que sería injusto tratar con dureza a los lingüistas de la generación anterior. Al fin y al cabo, ellos no tenían la culpa de haber sido educados por estudiosos que, tratándose de la investigación lingüística, identificaban *científico* con *histórico*. Y, desde luego, tampoco habían sido ellos quienes habían escogido los manuales y tratados con cuya lectura habían de instruirse; manuales y tratados en los que se menospreciaba abiertamente los estudios de carácter descriptivo, como advierte Roman Jakobson: “cualquier estudio descriptivo hubiera sido tachado de anticientífico por los dogmáticos *Prinzipien der Sprachgeschichte*” (1958: 37). Hasta aquí la imagen que de la situación de la lingüística en los años 1910-1940 nos han transmitido los grandes maestros de la disciplina en el pasado siglo, jóvenes por entonces. Pues bien, somos de la opinión de que urge someter a crítica todas esas *idées reçues*, habida cuenta de la evidente parcialidad de los autores que las han puesto en circulación³. Para poder evidenciar las carencias de esa reconstrucción histórica al uso, nos proponemos examinar de forma somera la reacción de Antoine Meillet (1866-1936) ante la doctrina de la distinción entre los puntos de vista sincrónico y diacrónico, que encontró en el *Cours de linguistique générale* (1916) de su maestro Ferdinand de Saussure (1857-1913). Esperamos ser capaces de probar que en los escritos meilletianos posteriores a la aparición del *Cours* se revela una actitud favorable ante la exigencia de que cada estado de lengua se describa haciendo tabla rasa “de tout ce qui l’a produit” (Saussure 1972: 117).

Si hemos decidido prestar atención preferente a los textos de Antoine Meillet, es porque creemos que su reacción posee un valor sintomático, por decirlo de alguna forma. Claro es que, al calificarla de *sintomática*, no intentamos sugerir que todos los coetáneos de Meillet compartían su amplitud de miras. Mal podría ser cierto eso cuando –como ya hemos apuntado– ni siquiera todos los *jóvenes* se emplazaban en el *bando* de los *modernos*. Lo que afirmamos es que entre aquellos lingüistas que, por su edad, cabría suponer reacios a las novedades, había sectores abiertos a ellas (o, por lo menos, comprensivos y generosos con quienes las promovían). La calurosa acogida que Meillet brinda a la distinción entre las lingüísticas sincrónica y diacrónica no es una mera anécdota. Lo sería si nuestro autor fuese uno más entre todos los estudiosos en activo durante el primer tercio del Novecientos... pero no lo fue: en la Europa de entreguerras, Meillet gozaba de una autoridad extraordinaria. Pocos, muy pocos son los que pueden hacerle sombra, y sus colegas estiman que él es “der einzige heutige Linguist [...] der zum ‚Ohr Europas‘ über linguistische Dinge reden darf” (Spitzer 1930: 336). Este caudal de prestigio es lo que le confiere toda su importancia a la actitud de Meillet ante la propuesta de Saussure. Su posición es prueba de que las grandes figuras de la lingüística *tradicional* venían a converger, en mayor o menor grado, con los adalides de la *moderna*. Y esta

³ Quede claro que no abrigamos la pretensión de presentarnos como pioneros. Hace ya mucho tiempo que la historiografía profesional viene alejándose de las concepciones heredadas. Gracias a las investigaciones de, entre otros, Konrad Koerner (cf. 1972: 82-89, 1973: 354-376), los modernos manuales de historiografía de la lingüística ofrecen una visión mucho más profunda de las ideas que imperaban entre los lingüistas *tradicionales*. En uno de los más recientes y sólidos se afirma sin ambages que “[Hermann] Paul [(1846-1921)] –come di fatto, anche i suoi contemporanei– non ha alcuna difficoltà nel distinguere tra un’indagine diacronica e una sincronica, anche se non si usano ancora questi termini” (Morpurgo Davies 1996: 341). Con nuestra aproximación al pensamiento meilletiano sólo queremos avanzar un poco más por ese camino que se abrió en la década de los setenta.

convergencia no tendría por qué ser motivo de extrañeza: después de todo, el propio Saussure era un estudioso de formación *tradicional*, y casi diez años mayor que *viejos* como Meillet.

Hechas estas advertencias sobre nuestros propósitos y supuestos, detallaremos los contenidos del cuerpo del trabajo. Dedicado por completo al estudio de las ideas meilletianas, constará de un par de subapartados. En el primero de ellos aludiremos a la visión tópica de Meillet como un conservador, y a continuación trataremos de mostrar que se funda en una lectura sesgada de sus escritos. Por muy *diacronista* que fuese, Meillet no despreció jamás investigación sincrónica, y menos aún desconoció su existencia. En el segundo apartado intentaremos apuntalar nuestras convicciones, por medio de la cita y comentando algunos textos pertinentes. Con ello daremos por cerrada la comunicación.

2.1. De justicia es reconocer que quienes colocan a nuestro autor entre los *tradicionalistas* no carecen de argumentos ni de testimonios documentales favorables a su tesis. El propio Meillet parece darles la razón de manera explícita, cuando se describe a sí mismo en los siguientes términos (que hoy por hoy se nos antojan poco lisonjeros): “Historien plus que théoricien, j’apprécie plus les recherches de caractère diachronique que celles qui portent sur la synchronie” (1928a:4)⁴. Al cabo de casi cuarenta años, su ex-alumno Émile Benveniste (1902-1976) –que conoce de primera mano la vida y la obra del maestro⁵– pondera la exactitud de aquel sucinto autorretrato intelectual: “*Il s’est un jour défini lui-même*, en écrivant [...] dans un compte-rendu: «Historien plus que théoricien...»” (1971: 30; las cursivas son nuestras). Después de copiar las dos líneas que ya conocemos, Benveniste escribe estas palabras, que vienen a confirmar su beneplácito: “En effet, même dans les études plus larges réunies dans les deux volumes de *Linguistique historique et linguistique générale*, les problèmes [...] qu’il envisage sont de préférence ceux que pose le changement linguistique” (1971: 30). De tal modo que, si damos crédito a Benveniste, tendremos que concluir que Meillet no fue nada más (y nada menos) que un insigne cultivador de la lingüística indoeuropea. Habría fallecido sin conocer en profundidad las nuevas tendencias que habían nacido en el período de entreguerras, y, por lo tanto, sin sumarse a ellas ni ofrecerles su respaldo. Eso es, cuando menos, lo que se desprende de las siguientes palabras, que Benveniste deja caer discretamente: “Meillet a disparu au moment où diverses signes laissaient pressentir de nouveaux courants en linguistique” (1971: 32). La de Benveniste es, sin lugar a dudas, una opinión autorizada. ¿Suficiente para empujarnos a dar la discusión por concluida? Si él dibuja a Meillet como un diacronista impenitente (basándose, además, en los asertos del maestro), ¿no habrá que rendirse? Dicho de otra manera: ¿no habrá que admitir que en la obra meilletiana apenas existen trazas de interés por las nuevas ideas? Nosotros creemos, sin embargo, que sería imprudente confiar ciegamente en Benveniste, por más que éste mantuviese con Meillet estrechas relaciones personales y científicas. Para emitir un juicio sobre la reacción de Meillet ante las ideas *modernas*, es necesario escucharlo a él de forma directa, sin intermediarios. Nadie, ni siquiera un Émile Benveniste, merece que se le conceda un crédito ilimitado. Y para persuadirse de que un cierto grado de desconfianza es

⁴ Estas palabras proceden de una reseña de la *Introduzione alla Neolinguistica* (1925) de Matteo G. Bàrtoli (1873-1946), un distinguido romanista italiano que quiso desencadenar una revolución en el ámbito de la lingüística histórica. Inspirándose en la teoría del lenguaje de Benedetto Croce (1866-1952) y en los métodos y resultados de la geografía lingüística de Jules Gilliéron (1854-1926), Bàrtoli creó la *neolinguistica*: una nueva orientación en el estudio de la historia de las lenguas, con la que pretendía impugnar la gramática histórica de estirpe neogramática. Durante cierto tiempo, sus propuestas suscitaron las iras de los paladines de la ortodoxia, convencidos de que el principio de la regularidad del cambio fonético es “the only assumption that enables [the historical linguist] to bring order out of the welter of confused and conflicting data with which [he is] confronted” (Hall 1946: 246). Así todo, Bàrtoli fue en realidad un inmovilista, pues rehusó abordar otros problemas que los que habían monopolizado la atención del grueso de los estudiosos del Ochocientos: “Taste for phonemics, syntax, stylistics, general grammar, the description of a system in general, remained foreign to him” (Devoto 1946: 358).

⁵ De entre todos los discípulos que Meillet tuvo a lo largo de los últimos años de su carrera docente, ninguno supo ganarse su admiración y su afecto como lo hizo Benveniste. ¿Pruebas? Cumplidos los sesenta años, Meillet le confió a Benveniste las obligaciones docentes que él venía asumiendo en la *École Pratique des Hautes Études* desde hacía casi cuatro décadas (cf. Vendryes 1937: 206-207). En aquel momento, Benveniste era poco más que un muchacho: apenas había cumplido los veinticinco años... ¿Cabe mayor testimonio de confianza en un alumno por parte de un profesor?

saludable, nada mejor que leer *toda* la reseña de la *Introduzione alla Neolinguistica*. Quien lo haga descubrirá que, a continuación de las líneas que cita Benveniste, Meillet escribió unas palabras que restringen sobremanera el alcance de la declaración inicial:

Historien plus que théoricien, j'apprécie plus les recherches de caractère diachronique que celles qui portent sur la synchronie. Mais je n'oserais considérer a priori les études de linguistique statique comme inférieures aux études de linguistique historique, comme le fait crûment M. Bàrtoli. Il me paraît même que l'on ne peut faire de phonétique historique si l'on n'a pas étudié profondément la phonétique descriptive. Si l'on a pu faire de la grammaire historique, c'est parce que qu'il existait une analyse déjà faite des procédés morphologiques; et, si l'on veut apprécier les changements de systèmes –qui importent beaucoup plus que les changements de détail– on ne peut le faire qu'en essayant de se rendre compte et des procédés employés dans des langues diverses et des possibilités existantes (1928a: 4).

En este párrafo salta a la vista –a nuestro parecer– que Meillet sabe que la lingüística histórica presupone la descriptiva. Lo que viene a decirnos es que el estudio de la historia de las lenguas sólo se puede abordar cuando se dispone de todo un arsenal de hechos y de ideas que sólo la descripción lingüística puede proporcionar. Así, por ejemplo, la investigación acerca de la evolución fonética de las lenguas está, en cierta manera, reservada para quienes se han ejercitado en la observación *in vivo* del proceso fono-articulatorio. ¿Por qué? Porque no se puede averiguar cómo y por qué cambian los sonidos sin el previo conocimiento de la forma en que éstos se producen, esto es, de lo que acontece dentro del tracto vocal cada vez que se profiere un enunciado. Huelga decir que tal conocimiento no se consigue leyendo añosos pergaminos ni inscripciones grabadas sobre tabletas de arcilla o lápidas de mármol. Sólo es posible alcanzarlo a través de la descripción de las lenguas vivas; mejor dicho: a través de un minucioso examen de la actividad fono-articulatoria de sus hablantes. Cuando falta ese esfuerzo de observación, los cambios fonéticos pueden ser constatados, pero resisten a todo intento de explicación⁶. ¿Y qué decir de la morfología y la sintaxis históricas? A un estudioso mínimamente perspicaz no se le podía ocultar su dependencia de la añeja gramática *escolar* o *práctica*, de carácter descriptivo-prescriptivo. Gracias a la descripción de diversos estados de lengua (el griego y el latín clásicos, sobre todo, pero también los idiomas *vulgares* de la Europa occidental), se habían sentado las bases de un edificio gramatical que permanecía en pie, a saber: (1) el deslinde de las dos grandes clases (nombre y verbo) a las que se adscriben las palabras que denotan las nociones *primarias* del enunciado (sustancias, cualidades, estados, etc.); (2) el esbozo de una clasificación elemental de los procedimientos gramaticales (modificación fonética de las palabras, adjunción de afijos o de formas semi-libres, posición relativa de las palabras dentro del enunciado, etc.); (3) la identificación de los principales tipos de relaciones gramaticales (sujeto, objeto, atributo, etc.) y de nociones *secundarias* (género, número, tiempo, modo, etc.) que se manifiestan a través de los antedichos procedimientos. De modo que la orgullosa gramática histórica había heredado de la gramática escolar una gran parte de su aparato conceptual, quisiese o no reconocerlo.

Por otra parte, este fenómeno de *transmisión patrimonial* no había sido nunca un secreto; quiere esto decir que Meillet no fue el primer autor que llamó la atención sobre él, ni mucho menos. Ya lo habían hecho algunos de los grandes hombres de la generación anterior (nacidos a la vida en torno a 1845, y a la ciencia hacia 1870). Hermann Paul, por ejemplo, escribió estas palabras en la segunda edición de sus celebrados *Prinzipien der Sprachgeschichte* (1886): “Historical Grammar took its rise from the Older Descriptive Grammar, and retains even now much of its predecessor. It has maintained, at least in the system of its classification, absolutely

⁶ Lo cual –dicho sea de paso– ya se había indicado repetidamente durante la segunda mitad del Ochocientos, por parte de insignes cultivadores de la lingüística *tradicional* (o sea, de la lingüística *histórico-comparativa*). Valga como ejemplo un brevísimo fragmento de la *Introduction to the Science of Language* (1880) del orientalista británico Archibald H. Sayce (1845-1933): “We must not forget [...] that we can understand the past only by the help of the present. An antiquarian philology study of philology will enable us to trace the history of words and forms, to group languages into families, and to discover the empirical laws of phonetic change; to interpret and verify these laws, to correct our classifications and conclusions, to learn what sounds really are, we must examine the living idioms of the modern world” (1997: 229).

the old form” (1886²: 1). Según Paul, esta fidelidad a la tradición es un grave error, ya que las falsillas de la gramática escolar pecan de toscas, y, en consecuencia, no ayudan a ofrecer un retrato fidedigno de “the psychical organisms [of language]”. Dicho de otra forma: con las redes de la gramática tradicional no se puede capturar la proteica realidad del lenguaje, porque son de malla demasiado ancha. “Our grammatical system –escribe Paul (1886²: 11) – is far from being finely enough differentiated to meet the requirements of the psychological groups”⁷. Muy similar es la insatisfacción que se percibe en otro representante destacado de aquella generación de investigadores: el eslavista polaco Jan I. Baudouin de Courtenay (1845-1929). Baudouin deseaba la pronta *liquidación* de gran parte de la herencia de la Antigüedad greco-latina en materia de lingüística, porque tenía la firme convicción de que aquel tesoro se había convertido en un verdadero estorbo para los herederos:

[In the very near future, i. e., in the 20th century, linguistics] will have to rid itself once and for all of the scholastic views inherited from the original grammatical attempts of the Greeks and Romans and also of some latter ideas which were slavishly adopted from the Hindu or Arabic and Jewish grammarians. Consequently, modern linguistic terminology will have to be changed fundamentally not only in form, but also in its essence, with regard to its concepts (1904: 251).

Creemos que, a la vista de testimonios como éste, se impone una conclusión: Meillet acertaba de pleno cuando afirmaba (contra el parecer de Bàrtoli) que la lingüística histórica estaba en deuda con la descriptiva, a la que no excedía ni podía exceder en altura científica. Conviene señalar (con el fin de evitar malentendidos) que estas convicciones no ofuscaban a nuestro autor. Quiere esto decir que Meillet se percataba de que los estudios descriptivos aún se encontraban subdesarrollados; situación de la que él hacía responsables a algunos de sus colegas, dispuestos a mutilar o deformar la realidad de las lenguas con tal de hacerlas encajar en los moldes de la gramática tradicional. Unos años atrás, ya había reflexionado acerca de los efectos saludables (y revolucionarios) que podrían producirse si los lingüistas se liberasen de aquellas *anteojeras*:

[U]n linguiste averti, qui ferait table rase de la grammaire traditionnelle tout encombrée de souvenirs du modèle latin, qui décrirait le français, comme il ferait d’une langue encore inconnue, n’aurait pas de peine à mettre en évidence les traits, originaux et curieux, du français tels que les Français le sentent : la flexion figurerait à peine dans cette description où presque tout reposerait sur la théorie de l’ordre de mots et de l’emploi de mots accessoires, les uns tout dénués d’autonomie comme *le, un, de, je, tu*, etc., les autres à-demi autonomes (1922: 14).

Vistos todos los testimonios que hasta ahora se han puesto sobre la mesa, parece sensato sostener que Meillet no simpatizaba con los estudiosos que desdeñaban las labores descriptivas, es decir, con una porción no pequeña de sus coetáneos. Lo cual constituye, a nuestro parecer, toda una invitación a meditar sobre las falsas seguridades que brindan las *idées reçues*... No estará de más recordar, por ejemplo, que entre los *jóvenes* hubo quien sí adoptó la actitud altanera que el *anciano* Meillet había reprobado. Buena prueba de ello constituye el caso de Giuliano Bonfante (1904-2005). A finales de la década de los cuarenta, el siempre irritable Bonfante –ferviente admirador, por cierto, de Matteo Bàrtoli– no dudaba en criticar ferozmente una gramática italiana⁸ por la simple razón... de que era descriptiva. A su juicio, trabajos como aquél no merecían el honor de la publicación:

⁷ Con la expresión “the psychical organism of language”, Paul alude al acervo lingüístico individual, que es esa realidad permanente (pero no inmutable) que subyace a las efímeras manifestaciones verbales de los hablantes (≈ enunciados), y es a la vez producto y causa de aquéllas. Para Paul (1886²: 4-6), el *organismo psíquico del lenguaje* consiste básicamente en un entramado de formas simples (raíces y afijos) y complejas (palabras, frases, oraciones), conectadas entre sí por lazos de carácter asociativo. Dichos lazos pueden fundarse en una similitud material (v. gr.: *dominus, domini / homo, homines*) o en una similitud funcional (v. gr.: *dominus, homo / domini, homines*). Varias formas asociadas de acuerdo con uno u otro criterio constituyen un “psychological group”, y es deber del gramático presentar dichos grupos tal como se conforman en la mente del sujeto hablante. En caso de que no proceda así, la descripción perderá todo valor, porque dejará de ser “a useful basis for historical contemplation” (Paul 1886²: 8).

⁸ Se trataba de la *Descriptive Italian Grammar* (1948) de Robert A. Hall Jr. (1911-1998), publicada bajo los auspicios de *Cornell University Press* y de la *Linguistic Society of America*.

It is difficult to determine what purpose has been served by the writing of this book. It contains no study of dialects beyond a couple of commonplace remarks on pp. 2-3; no bibliography; no history of the language; no comparison with other languages, living or dead; and no attempt at a semantic, stylistic, literary, or cultural interpretation of any word, form, or class. The phonemic description is short, and by no means new.

We learn that 'standard' or 'literary' Italian (as the Italians call it) has seven vowels, that the plural of *delitto* is *delitti*, and that *canterò* means 'I shall sing'; all of which we suspected a long time ago.

Italian was known and studied several centuries before any other modern European language, and there has been no lack of good Italian grammars, even though they did not characterize themselves as *descriptive*. With that in mind, one wonders why this one was published. We can only suggest that in the future, the Linguistic Society of America, the American Council of Learned Societies, and the Cornell University Press make better use of their money than to publish any more books of this kind (1949: 90).

Creemos que no es preciso hacer extensos comentarios acerca de la reseña de Bonfante, colmada de veneno como casi todas las que brotaron de su pluma. Saltan a la vista las diferencias que existen entre nuestro autor y el ardoroso lingüista italiano, cuando menos en lo que toca a las ideas sobre el valor y la finalidad de las labores descriptivas. Al mismo tiempo —y esto es lo que más importa—, se pone de manifiesto que las afinidades en el plano de la ciencia no tienen por qué ir de la mano de la adscripción a un mismo grupo de edad. La fecha de nacimiento determina, por supuesto, la gama de opciones teóricas que se le ofrecen al investigador, mas no por ello implica la elección forzosa de una en detrimento de las demás. A lo sumo cabría afirmar —parafraseando a Calderón— que el año en el que se nace puede inclinar el albedrío del científico en uno u otro sentido, pero no forzarlo. Y prueba de ello es el hecho que acabamos de comprobar, a saber: que Meillet, con ser un *anciano*, se encuentra bastante más cerca de Jakobson o de Martinet de lo que pudiera estarlo Bonfante (que era ocho años más joven que aquél, y sólo cuatro más viejo que éste). Cierto es que a nuestra tesis se le podría objetar que hasta el momento no hemos acumulado evidencias suficientes en su favor. Bien puede ser —dirá tal vez un lector malicioso— que la reseña de la *Introduzione* fuese sólo un *guiño*; que fuese el gesto aislado de un lingüista abatido y achacoso que, por un momento, saca fuerzas de flaqueza para persuadir a los demás (y a sí mismo) de que todavía tiene algo interesante que decirles a las nuevas generaciones. A fin de resolver estas y otras dudas similares, seguidamente aduciremos más textos ilustrativos; tenemos la esperanza de que, junto con los que hemos manejado en páginas anteriores, permitan que la balanza se incline en nuestro favor.

2.2. A nuestro juicio, un breve acercamiento a la producción meilletiana del período 1920-1932 basta para comprobar que la reseña de la *Introduzione* no es mera *concesión* a las ideas del momento, sino expresión de convicciones profundamente enraizadas. Háganse, por ejemplo, cinco o seis calas en el conjunto de los *comptes-rendus* que Meillet publicó por aquellos años en el *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*. Muy pronto se descubrirá que nuestro autor pregona una y otra vez, con un celo casi misional, la trascendencia de la distinción entre los puntos de vista sincrónico y diacrónico en la investigación lingüística. Cada vez que reseñaba un trabajo en el que se exponían y/o discutían (por extenso o de manera ocasional) las doctrinas recogidas en el *Cours*, Meillet llamaba la atención del lector sobre aquella división que su maestro había trazado. ¡Y ay del lingüista que, al reflexionar sobre el pensamiento de Saussure, despreciaba la dicotomía u olvidaba sus implicaciones! Meillet lo llamaba al orden sin demora, y a veces con voz recia. Son de extraordinario interés, en este sentido, las páginas que dedicó a examinar *Geist und Kultur in die Sprache* (1925), una obra de Karl Vossler (1872-1949) en la que éste mostraba sin ambages todas sus reticencias ante las ideas lingüísticas de Saussure.

Individualista acérrimo, Vossler está convencido de que el saussurianismo comete un grave error al representarse la lengua como una realidad supraindividual, dotada de existencia independiente. El maestro ginebrino —dice (1925: 210)— aboga por una lingüística que estudie los idiomas sin tomar en consideración la mentalidad ni las necesidades expresivas de sus

hablantes. No se percata de que, al ignorar éstas y aquélla, la disciplina cerraría los ojos a la acción de los dos factores que dan forma e imprimen carácter a las lenguas. Saussure se embarca, por lo tanto, en una empresa quimérica; tan quimérica como lo sería la de “[un geógrafo] que creyese poder explicar la estructura o el relieve de un continente o de una comarca sin tener en cuenta los factores meteorológicos” (1925: 210). Ni que decir tiene que estas acusaciones hallan cumplida respuesta en la reseña que Meillet hace de la obra de Vossler. Sostiene nuestro autor que la crítica de Vossler carece de eficacia, porque se funda en el olvido de la distinción que Saussure establecía entre el enfoque sincrónico y el diacrónico. Saussure –escribe Meillet (1925: 27)– no ignora que “la structure que [la langue] offre résulte de conditions multiples”. Se limita a hacer notar (con innegable buen sentido) que es necesario *cartografiar* dicha estructura antes de indagar cómo se ha formado. Saussure exige del lingüista, pues, que se comporte como los verdaderos geógrafos. ¿O acaso éstos comienzan a investigar cuándo y cómo ha surgido el relieve de una región sin antes haber descrito los principales accidentes del terreno? En su opinión, existe un perfecto paralelismo entre el proceder de los lingüistas *à la* Saussure y el de los geógrafos, pues unos y otros son, en primer término, descriptores: “de même que le géographe doit commencer par avoir un levé exact du pays qu’il décrit, de même le linguiste doit commencer par se former une idée précise de chaque structure linguistique” (1925: 27). ¿Y qué debe hacer el lingüista para poder formarse esa “idée précise” a la que se refiere Meillet? Debe examinar cuidadosamente todas y cada una de las *células* que componen el *tejido* de la lengua, pero sin desgajarlas de la maravillosa red de la que forman parte. ¿Por qué? Porque, si se separan del puesto que les corresponde en el organismo del idioma, las unidades lingüísticas pierden su forma; se convierten en una suerte de materia bruta –si así se puede decir–, en una sustancia rebelde a los instrumentos analíticos del lingüista. Como advierte nuestro autor, “les moyens d’expression n’ont pas de valeur absolue et prennent leur sens seulement quand ils s’opposent les uns aux autres” (1925: 27)⁹.

Bosquejada en las reseñas de *Geist und Kultur* y de la *Introduzione*, la defensa de la prioridad de la descripción respecto de la historia reaparece en el juicio crítico del *Système du verbe russe* (1927) de Sergei Karcevski (1884-1955). Desde luego, no se puede decir que Meillet dispense a la obra una acogida inequívocamente favorable; antes bien, crítica con severidad el estilo de Karcevski: de puro seca y escueta –apunta (1928b: 42)–, la exposición resulta a veces enigmática. Sobre todo, Meillet lamenta la escasísima legibilidad de la introducción, donde Karcevski ofrece un valioso compendio de lingüística general “[qui repose] sur l’enseignement de F. de Saussure” (1928b: 42). Según estima nuestro autor, es una gran desgracia que la brillantez de las ideas se vea oscurecida por la torpeza de Karcevski a la hora de volcarlas sobre el papel: “rédaction brève, concentrée à l’extrême, limitée au strict nécessaire ; exposition obscure, encombrée de termes techniques, avec un vocabulaire logique et souvent mathématique rebutant” (1928b: 42). Entre esas ideas que merecen ser mejor presentadas, Meillet destaca la de la distinción entre “l’étude synchronique de l’étude diachronique” (1928b: 43), cuya validez cree indiscutible: “A mêler le synchronique et le diachronique, on risque sans cesse de tomber dans la confusion, et ce qu’il a de trouble dans beaucoup de travaux [...] provient de ce que les états de langues successifs n’y sont pas clairement distingués” (Meillet 1928b: 43). Palabras éstas que evocan algunas célebres fórmulas de Saussure, consignadas tanto dentro como fuera del *Cours*. Decía el maestro, por ejemplo, que quien “cabalga sobre dos dominios” (Saussure 1972: 151), o sea, quien amalgama los dos enfoques en una sola exposición, está abocado a incurrir en malentendidos de gravedad. Y añadía que, si miramos un estado de lengua a través del cristal de un estado anterior, produciremos una descripción retrospectiva: un análisis gramatical que es válido para “l’état le plus primitif” será erróneamente aplicado “aux périodes subséquentes” (Saussure 1974: 18b; para algunas muestras de lo que Saussure denomina *morfología retrospectiva*, cf. 1974: 19a-21a)). Este género de errores son perniciosos incluso para los lingüistas que se dedican a la gramática histórica, puesto que el cultivo de dicha disciplina requiere disponer de descripciones apropiadas de varios estados de lengua sucesivos. Como cabía esperar, Meillet es del todo

⁹ Más adelante comprobaremos cómo entendía Meillet estas palabras; por el momento, bastará con apuntar que para él no eran una simple fórmula litúrgica, un *mantra* memorizado y repetido sin aprehender su significación.

consciente de ello; más aún: lo hace notar sin vacilaciones, sin ambigüedades: “l’étude diachronique ne peut être rigoureuse qu’à condition de confronter des descriptions précises d’états de langues” (1928b: 43). Sólo le reprocha a Karcevski su exceso de severidad en la aplicación de estos sanos principios; de tanto como insiste en la necesidad de depurar de infiltraciones históricas los trabajos de índole descriptiva, Karcevski cree descubrirlas por doquier: “il voit des traces de «diachronie» là même où il n’y en a guère” (1928b: 43). De todas formas, lo que ahora nos interesa es destacar la actitud receptiva de Meillet ante dos tesis que, por lo general, se han creído patrimonio exclusivo de los *jóvenes*, a saber: que la descripción de estados de lengua es (al menos idealmente) la obligación primera de los lingüistas, y que éstos pueden y deben describir cada uno de los estados haciendo abstracción de su conocimiento de etapas anteriores en el desarrollo de la lengua. Como veremos, Meillet recoge estas dos ideas en otros escritos de finales de los años veinte y principios de los treinta.

Entre ellos sobresale, sin duda, la reseña de los *Principes de grammaire générale* (1928) de Louis Hjelmslev. Como hiciera ante el *Système du verbe russe*, Meillet reacciona ante los *Principes* con una amalgama de complacencia y suspicacia. Aplauda la adhesión de Hjelmslev a los principios fundamentales de la doctrina de Saussure; al mismo tiempo, reprueba las injusticias y exageraciones en que a veces incurre (por causa de su inmoderada devoción por las nuevas ideas). Así, en cuanto a la disyunción entre el enfoque sincrónico y el diacrónico, Meillet recrimina al lingüista danés que se haya dejado seducir y arrastrar “par les disciples genevois de F. de Saussure[,] qui [...] ont construit un type idéal de «diachronistes» impénitents pour les servir de tête de turc” (1930: 3). A este influjo se debe también, quizá, la desmedida inquietud de Hjelmslev por la *pureza* de la descripción, que lo conduce a abogar (sin ser del todo consciente) por el falseamiento de la realidad idiomática¹⁰. De tal modo que Meillet se muestra bastante cauteloso (y un poco frío) en su recepción de la *opera prima* de Hjelmslev. ¿Se desprende de ello que tenemos que ubicarlo en el sector más *tradicionalista* de la comunidad científica? En absoluto. Nuestro autor repudia tan solo algunos excesos motivados por el espíritu de partido y por la intemperancia propia de la juventud; por lo que se refiere a la validez de la dicotomía, no la pone en tela de juicio, sino que la reconoce de forma explícita: “je ne suis pas –dice (1930: 3)– partisan de l’étude uniquement diachronique, et je crois même, j’enseigne qu’une étude diachronique satisfaisante peut résulter seulement de la confrontation [...] d’études purement synchroniques”. Diríase que Meillet teme que se le tome por un *conservador*, y que por eso añade a las críticas esta declaración de principios. Por lo demás, no termina aquí la relación de textos en los que cabe descubrir testimonios de la actitud positiva de Meillet ante el deslinde de las orientaciones sincrónica y diacrónica en la investigación lingüística. En gracia

¹⁰ Meillet acusa a Hjelmslev de albergar la pretensión de “fixer [la langue] absolument” a pesar de que, en realidad, “[elle] est mouvante” (Meillet 1930: 3). Es innegable –concede– que el lingüista que confecciona una gramática descriptiva no puede comprobar los cambios como tales cambios, ya que él se sitúa en un instante del devenir de la lengua en cuestión. Sí puede, sin embargo, constatar la existencia de oscilaciones, o, como dice Meillet (1912: 130-131), de desacuerdos entre “la tradition” y “le système” (*tradition* equivale, poco más o menos, a la *norma* en sentido coseriano; *système* es el patrón que determina qué es *lo posible* en una lengua determinada). Observará, por ejemplo, que las formas heredadas *vous dites* y *vous faites* están siendo amenazadas por las creaciones analógicas *vous disez* y *vous faisez*. ¿Hay razón para no dar noticia de esta lucha en una gramática descriptiva? Evocando a Hjelmslev (1928: 233), nuestro autor afirma que “du point de vue synchronique”, es preciso “se désintéresser du fait que l’état est devenu” y considerarlo solamente “comme étant” (1929a: 3). Acto seguido apunta, sin embargo, que ello no obliga a “considérer comme *étant* ce qui est en train de *devenir*” (1929a: 3), grave error en el que Hjelmslev ha incurrido. Según Meillet, un estado de lengua no es (a pesar de su nombre) una realidad estática. No será buena, por lo tanto, una descripción que lo presente como si lo fuese. La buena gramática descriptiva debe tomar nota de los procesos que el lingüista-historiador, tiempo después, podrá reconocer como origen de tales o cuales cambios. Al adoptar esta postura, nuestro autor se anticipa a Eugenio Coseriu (1921-2002). Coseriu también exigirá que la descripción “[d]é cuenta de las posibilidades abiertas, de todo aquello que es «pauta productiva», esquema aplicable para la realización de lo que no existe aún como norma” (1978: 273). Dicha exigencia implica la convicción de que “la funcionalidad actual de la lengua considerada [...] implica una superación posible del «estado de lengua» *hacia el futuro*” (Coseriu 1978: 273). Meillet podría haber hecho suyas estas palabras. De hecho, su conocido interés por el estudio de las tendencias evolutivas de las lenguas indoeuropeas viene a representar un asentimiento *avant la lettre*: de lo que se trata, en efecto, es de descubrir cómo en un determinado “estado de lengua” se hunden las raíces de su evolución ulterior. Conviene advertir que esta búsqueda de tendencias puede ser incompatible con la convicción saussuriana de que “[q]uand la langue fait un coup (un changement diachronique) elle ne prémédite rien” (Saussure 1993: 115; cf. Saussure 1972: 127); por desgracia, este no es lugar para ahondar en el asunto.

a la brevedad, sólo añadiremos tres más, con la esperanza de que sean suficientes para disipar toda posible reserva sobre la exactitud de nuestras tesis.

Centraremos nuestra atención, en primer lugar, en el halagüeño *compte-rendu* que Meillet dedicó al tercer volumen de *A Modern English Grammar on Historical Principles* (1927), la magna obra de Otto Jespersen (1860-1943)¹¹. De especial interés son sus reflexiones sobre las páginas en las que el gran anglista danés trata de determinar qué carácter posee la partícula *to* cuando ésta antecede a una forma de infinitivo (cf. Jespersen 1927: 10-12). A la cuestión de si en tal caso cabe pensar que *to* es una preposición, Jespersen responde... que no existe una respuesta que sea válida en todo momento, de una vez para siempre: según cuál sea el estado de lengua en que se ubique el lingüista, así tendrá éste que contestar *sí* o *no*. En lo antiguo, la combinación “*to* + infinitivo” tan solo podía desempeñar el papel sintáctico de *subunct* (≈ constituyente periférico), y expresaba “[t]he notion of motion and purpose” (1927: 10). Con otras palabras: era funcional y nocionalmente análoga a las combinaciones “*to* + pronombre” (*to me, to you, to him*, etc.) y “*to* + grupo sustantivo” (*to her father, to his home town, to the police*, etc). Así las cosas, no había razón alguna para negarle el carácter de preposición a la partícula *to*. Ahora bien, ulteriormente se produjo (de modo gradual) “an enormous extension of the application of this *to*-infinitive” (1927: 10): la combinación “*to* + infinitivo” comenzó a aparecer como *primary* (≈ constituyente nuclear; cf., v. gr., *to see is to believe, he wishes to marry her, I did not consider you to be so cruel*, etc.)¹². Cuando “*to* + infinitivo” se comporta como *primary* –dice Jespersen (1927: 10)–, el sentido primitivo de *to* (ideas de ‘dirección’ y de ‘finalidad’) se debilita y acaba por evaporarse. El infinitivo con *to* pasa a ser “the normal English infinitive”, y la partícula *to* se convierte en un simple marcador de la categoría; entretanto, la forma sin *to* experimenta una seria restricción de sus posibilidades combinatorias: “[it is] reserved for comparatively few employments, which are the solitary survivals of the old use” (1927: 10). Con esta solución, Jespersen se granjea el aplauso de Meillet (1929: 178), que introduce a continuación un comentario harto significativo: “Les historiens de la langue sont naturellement sujets à transporter dans le présent des notions qui ont existé à quelque moment du passé ; jamais on ne saurait distinguer assez entre le «synchronique» et le «diachronique»” (1929: 178). Jespersen (gran conocedor de la historia de la lengua inglesa y autor de una gramática que se dice fundada *on historical principles*) ha logrado vencer esa inclinación tan arraigada, razón por la cual nuestro autor le rinda homenaje. He aquí, en suma, una nueva prueba de la actitud receptiva de nuestro autor ante las nuevas ideas.

Bien es verdad que Meillet prefiere en ocasiones hacer hincapié en la prioridad de la descripción, y relega a un segundo plano la exigencia de preservar su *pureza*. Así se conduce, por ejemplo, en su crítica de un artículo de Witold Doroszewski (1899-1976) sobre la distinción entre *langue* y *parole*, publicado en el tomo 14 (1929) de la revista *Prace filologiczne*. Según confesión propia, Meillet ve en el comentario del texto de Doroszewski una oportunidad para hacer un resumen de la doctrina de su idolatrado maestro: “On a profité ici de la note de M. Doroszewski pour faire nettement ressortir des doctrines sur lesquelles reposera toute linguistique future. [...] Les idées de F. de Saussure [...] sont essentielles, et l’on ne saurait voir claire en linguistique sans les accepter” (1931: 32). Reconoce nuestro autor que el *Cours* no aporta ninguna novedad en lo referente a la descripción y explicación del proceso de cambio lingüístico. Mas no por ello considera que su lectura carezca de utilidad para los lingüistas que se dedican al estudio de la historia lingüística. Muy al contrario: se les puede y se les debe recomendar, porque les abrirá los ojos. Leyendo el *Cours*, se darán cuenta de que no existe justificación para el desprecio con que suelen referirse a los trabajos puramente descriptivos. Si algo revelan esos gestos despectivos, es una lamentable ignorancia de la naturaleza y de los fundamentos de su propia actividad científica. “[L]’opposition de la synchronie et de la diachronie –dice Meillet (1931: 33)– est fondamentale parce que [...] il n’est pas possible d’observer des changements et qu’on ne peut que confronter des états de langue successifs”

¹¹ Como es sabido, la *Modern English Grammar* consta de siete volúmenes, que fueron saliendo a la luz a lo largo de tres lustros (1914-1929).

¹² Ni que decir tiene que las combinaciones “*to* + pronombre” y “*to* + grupo sustantivo” no pueden ocupar ninguna de estas últimas posiciones sintácticas.

(1931: 33)¹³. De donde se sigue –guste o no guste– que la brillante gramática histórica está construida sobre unos cimientos suministrados por la modesta y oscura gramática descriptiva. Por la misma senda, poco más o menos, discurren las siguientes palabras, extraídas de las notas manuscritas para un manual de lingüística general que no llegó a ver la luz en vida de nuestro autor:

L'étude diachronique n'est possible qu'une fois l'étude synchronique faite. Bien entendu, on ne saurait attendre pour entreprendre l'étude diachronique, c'est-à-dire pour commencer à expliquer les faits linguistiques, que l'étude synchronique soit achevée [...]. Mais il est évident qu'une certaine connaissance des états de langues successifs est nécessaire pour faire l'histoire. Et ç'a été souvent une faiblesse de l'histoire des langues de ne pas s'attacher assez à une connaissance exacte et précise des états de langue successifs (Meillet 1995: 31).

En estas líneas parece advertirse una ligera modificación en la forma de presentar la tesis de la anterioridad de la descripción. No se trata de un cuestionamiento de su validez; antes bien, Meillet la confirma sin vacilar: “[I]’étude diachronique n’est possible...”. Con todo, se muestra más flexible cuando llega el momento de traducir dicho principio en orientaciones para la práctica del lingüista-historiador. Antes de comenzar a construir la gramática histórica de una lengua, ¿es imprescindible haber confeccionado descripciones exhaustivas de todos los *estados* que van a entrar en juego, si así se puede decir? Para Meillet, la respuesta es *no*. Digámoslo con su propia voz: “Bien entendu, on ne saurait attendre...”. Nuestro autor hace esta concesión –digámoslo así– porque en caso contrario ocasionaría graves problemas a la comunidad de los historiadores de las lenguas, de la cual él forma parte desde los inicios de su carrera. En efecto, si se exigiese una descripción completa, explícita, de todos los estados de lengua en cuestión, entonces el historiador tendría que renunciar a remontarse a períodos anteriores a los primeros testimonios escritos de cada idioma, dado que sólo las variedades documentadas pueden ser descritas exhaustivamente¹⁴. ¿Y cómo podría admitir nuestro autor que se estrechasen de esta guisa los horizontes del lingüista-historiador? Téngase en cuenta que él pensaba y decía que “[u]ne grammaire historique qui se borne à suivre les variations de la langue des textes est chose puérole” (1911: 298). Además, aun aceptando esta limitación, la exigencia de descripciones integrales tendría efectos negativos, porque echaría una excesiva carga de trabajo sobre los hombros del estudioso. Hay que ser, pues, condescendiente; hay que permitirle al lingüista-historiador que se procure información sobre los *estados* relevantes mediante el solo estudio de los textos, y/o a través de la consulta de gramáticas y diccionarios escritos por mano ajena. Ciertamente, este *pis-aller* tiene su precio, un precio que Meillet no desconoce. Por las dos vías mencionadas, el estudioso sólo llega a formarse una imagen fragmentaria de los *estados* con que opera, y ello compromete seriamente la exactitud de los resultados de la investigación histórica. Como ya sabemos, las unidades lingüísticas sólo ofrecen perfiles nítidos cuando se contemplan dentro de la totalidad de que forman parte, o sea, dentro de la estructura de la lengua a la que

¹³ Esta aseveración puede sugerir lo contrario, pero Meillet no está cuestionando aquí la validez de un principio que en el mismo *Cours* se reconoce como incontrovertible, a saber: que “l’immobilité absolue n’existe pas”, esto es, que “le fleuve de la langue coule sans interruption” (Saussure 1972: 193). ¿Cómo podría Antoine Meillet ignorar que las lenguas viven en un incesante e irreprímible fluir? ¿Cómo podría él desconocerlo, habiendo consagrado como lo ha hecho la mayor parte de sus esfuerzos a estudiar las transformaciones lingüísticas? Al escribir las palabras que acabamos de citar, nuestro autor se limita a advertir que, ante los ojos de un observador que participe del punto de vista de los hablantes (*nota bene*), ese fluir no se presenta como cambio, sino como inestabilidad, como vacilación, como conflicto entre variantes facultativas. En lo que toca al lenguaje, el cambio no se aparece nunca como cambio, sino que se reconstruye mediante la yuxtaposición de varias instantáneas sucesivas. Creemos que es esto lo que Meillet tiene *in mente* cuando sostiene que “il n’est pas possible d’observer des changements et qu’on ne peut que confronter des états de langue successifs”.

¹⁴ Aunque durante toda su carrera se consideró a sí mismo un comparatista, Meillet no se hizo jamás ilusiones sobre la certeza o la exhaustividad de las *reconstrucciones*. Valgan estas palabras, tomadas de la *Introduction à l’étude comparative des langues indo-européennes* (1903), como testimonio de su sano escepticismo: “[L]a seule réalité à laquelle elle [scil. la grammaire comparée] ait affaire, ce sont les correspondances entre les langues attestées. Les correspondances supposent une réalité commune, mais cette réalité reste inconnue; on ne peut s’en faire une idée que par des hypothèses, et par des hypothèses invérifiables: la correspondance seule est donc objet de science. On ne peut restituer par la comparaison une langue disparue: la comparaison des langues romanes ne donnerait du latin vulgaire du IV^e siècle ni une idée exacte, ni une idée complète” (1915⁴: 26; cursivas en el original).

pertenecen. Si no puede acceder a esa imagen global, a esa visión de conjunto, el lingüista no tiene otra posibilidad que acudir al peligroso método *aislante* (cf. Bally 1944: 22), que es fuente caudalosa de imprecisiones y tergiversaciones. De todos modos, Meillet no se resigna; admite que asumir riesgos es imprescindible, pero insiste en la necesidad y la posibilidad de minimizarlos:

Qui veut faire l'histoire des langues doit se rendre compte avant tout du fait qu'une même langue prend au cours de son développement des caractères entièrement différents. [...] La français moderne est tout autre choses que le français du XII^e siècle ; et la français du XII^e siècle avait une structure essentiellement différente de celle du latin ; le latin a par rapport à l'indo-européen un type nouveau ; et pourtant le latin est de l'indo-européen transformé comme le français est du latin transformé. [...] Il importe avant tout de ne jamais examiner un fait de langue particulier hors de l'ensemble du système dont il fait partie; c'est faire ainsi fausser dès le principe que de rapprocher un fait français du fait latin correspondant sans envisager la place du fait français dans le système français et du fait latin dans le système latin. Par exemple, la préposition française *de* continue la préposition latine *dē*, mais il serait vain d'étudier l'histoire du passage de lat. *dē* à fr. *de* sans envisager la transformation profonde de la prononciation qui, de *dē* avec une voyelle longue a fait le fr. *de* avec voyelle brève susceptible de s'amuir entièrement dans la plupart des cas, et la transformation, beaucoup plus profonde exercée, de la structure morphologique qui, d'une préposition destinée à exprimer et précéder la valeur d'une forme casuelle, l'ablatif [*sic*, por *ablatif*], pour exprimer une relative [*sic*, por *relation*] locale, a fait que *de* est devenue l'expression unique de cette relation et sert de plus à exprimer ce que rendait le latin par une autre forme casuelle, celle du génitif. Les faits particuliers relatifs à lat. *dē* et à fr. *de* n'ont un sens que dans les systèmes d'ensemble où ils figurent (Meillet 1995: 32-33).

Estas palabras suscitan una reflexión. En el segundo curso de lingüística general que impartió en la Facultad de Letras de la Universidad de Ginebra (1908-1909), Saussure pronunció unas palabras que a primera vista parecen triviales, de puro obvias: “[N]ous ne parlons pas [...] étymologie, mais par valeurs existantes; les signes de la langue ont leur valeur définitive non dans ce qui précède mais dans ce qui coexiste” (1997: 42). Nótese que de esta aparente trivialidad se infiere la exigencia de “faire table rase du passé” –*hacer tabla rasa*, no *ignorar*– para conseguir “se rendre compte de ce qu’il y a dans une langue à un moment donné” (1997: 41). Pues bien, con sus observaciones en torno al *dē* latino y el *de* francés, Meillet venía a decir lo mismo que su difunto maestro había dicho en los cursos de Ginebra. Nuestro autor está afirmando que cada hecho debe considerarse dentro del sistema correspondiente, so pena de falsear la realidad y, por tanto, de malinterpretar el proceso de transformación lingüística. Mal historiador –insinúa– será el lingüista que se dé por contento con tomar nota de lo evidente, con indicar que el fr. *de* es la continuación material (*nota bene*) del lat. *dē*. Bien está reparar en ello, pero es necesario, además, percatarse de la profunda modificación que ha experimentado la estructura gramatical. Y para ello es preciso “envisager la place du fait français dans le système français et du fait latin dans le système latin”. Aserto que Saussure habría podido suscribir de punta a cabo, aun cuando él lo hubiese expresado de otro modo...

Llegados a este punto, creemos haber reunido pruebas suficientes para demostrar que Antoine Meillet no fue jamás el *conservador* que retrató Benveniste, y menos aún el obstinado *inmovilista* del que otros nos han hablado. En lo que se refiere a la distinción entre sincronía y diacronía, parece claro que hubo una verdadera convergencia de Meillet con Saussure. No menos claro parece que el discípulo hizo constantes esfuerzos por publicitar el legado saussuriano, sirviéndose de la magnífica tribuna que era el *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*. Con todo, queda por lo menos un problema que espera solución: es preciso determinar si la convergencia tuvo su origen en una súbita *revelación* ocasionada por la lectura del *Cours*, o si, por contra, era un resultado natural de las ideas que Meillet había elaborado en los años anteriores a su contacto con las del último Saussure, con las del Saussure de las lecciones de lingüística general en su Ginebra natal (1907-1911). Nosotros nos inclinamos por la segunda posibilidad, y pensamos que existen numerosos elementos de juicio que respaldan esta nuestra toma de posición... Pero, obviamente, tendremos que dejar su enumeración y su comentario para una ocasión más propicia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BALLY, CH. (1944³ [1932]): *Linguistique générale et linguistique française*. Berne: Francke.
- BAUDOIN DE COURTENAY, J. I. (1904): “Językoznawstwo czyli lingwistyka w wieku XIX”, *Szkice Językoznawcze*, 1-23. [Cito por la traducción al inglés recogida en Edward Stankiewicz (ed.) (1972): *A Baudouin de Courtenay Anthology. The Beginnings of Structural Linguistics*, Bloomington/London: Indiana University, 237-254.]
- BENVENISTE, É. (1971): “Allocution”, *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 66/1, 19-34.
- BONFANTE, G. (1949): [Review of] *Descriptive Italian Grammar*, by R. A. Hall, Jr (Ithaca, N. Y.: Cornell University /Linguistic Society of America, 1948), *Word*, 5/1, 90-91.
- COLLINDER, B. (1962): *Les origines du structuralisme*, Stockholm/Göteborg/Uppsala: Almqvist & Wiksell.
- CORNEILLE, J.-P. (1976 [1979]): *La lingüística estructural. Su proyección. Sus límites*, D. Grimáu Martínez (trad.), Madrid: Gredos.
- COSERIU, E. (1978³ [1958]): *Sincronía, diacronía e historia. El problema del cambio lingüístico*, Madrid: Gredos.
- DEVOTO, G. (1946): “Matteo Bàrtoli”, *Word*, 3. [Cito por la reproducción recogida en Th. A. Sebeok (ed.) (1966): *Portraits of Linguists. A Biographical Source Book for the History of Western Linguistics, 1746-1963*. Vol 2. *From Eduard Sievers to Benjamin Lee Whorf*, Bloomington/London: Indiana University, 348-358].
- HALL, R. A. (1946): “Italian *guglia, giorno* and the Neo-Grammarians”, *Romanic Review*, 37/3, 244-246.
- HJELMSLEV, L. (1928 [1976]): *Principios de gramática general*, F. Piñero Torre (trad.), Madrid: Gredos.
- JAKOBSON, R. (1958): “Typological studies and their contribution to historical linguistics”, E. Sivertsen (ed.): *Proceedings of the VIIIth International Congress of Linguists (Oslo, 5-9 August 1957)*, Oslo: Oslo University, 17-25. [Cito por la traducción al español recogida en R. Jakobson (1984 [1970]): *Ensayos de lingüística general*, J. M. Pujol y J. Cabanes, Barcelona: Ariel, 35-46].
- JESPERSEN, O. (1927): *A Modern English Grammar on Historical Principles. Part III. Syntax (second volume)*, London: Georg Allen & Unwin Ltd.
- KOERNER, E. F. K. (1972): “Hermann Paul and Synchronic Linguistics”, *Lingua*, 29/3. [Cito por la reproducción recogida en E. F. K. Koerner (1978): *Towards a Historiography of Linguistics. Selected Essays*, Amsterdam: John Benjamins, 73-106.]
- KOERNER, E. F. K. (1973 [1982]): *Ferdinand de Saussure. Génesis y evolución de su pensamiento en el marco de la lingüística occidental. Contribución a la historia y a la teoría lingüística*, G. García Montaña (trad.), Madrid: Gredos.
- MEILLET, A. (1911): “Linguistique”, *De la méthode dans les sciences. Deuxième série*, Paris: Alcan, 265-314.
- MEILLET, A. (1912): “L’évolution des formes grammaticales”, *Scientia*, 12. [Cito por la reproducción recogida en A. Meillet (1921): *Linguistique historique et linguistique générale*, Paris: Champion, 130-148.]
- MEILLET, A. (1912-1913): [Compte-rendu de] *Le langage et la vie*, par Ch. Bally (Genève: Atar, 1913), *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 18, clxxix-clxxxii.
- MEILLET, A. (1915⁴ [1903]): *Introduction à l’étude comparée des langues indo-européennes*, Paris: Hachette.
- MEILLET, A. (1925): [Compte-rendu de] *Geist und Kultur in der Sprache*, K. Vossler (Heidelberg: Winter, 1925), y de *Jahrbuch für Philologie. I Band* (München: Max Hueber, 1925), *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 26/3, 26-32.
- MEILLET, A. (1928a): [Compte-rendu de] *Introduzione alla neolingüística*, par M. Bàrtoli (Genève: Olschki, 1925), *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 28/1, 4-10.
- MEILLET, A. (1928b): [Compte-rendu de] *Système du verbe russe. Essai de linguistique synchronique*, par S. Karcevski (Prague: Plamje, 1927), *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 28/1, 42-44.

- MEILLET, A. (1929): [*Compte-rendu de*] *A Modern English Grammar on Historical Principles. Part III (2nd volume)*. *Syntax*, par O. Jespersen (Heidelberg: Winter, 1927), *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 29/2, 176-178.
- MEILLET, A. (1930): [*Compte-rendu de*] *Principes de grammaire générale*, par L. Hjelmslev (Copenhague: Danske Videnskabernes Selskab, 1928), *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 30/2, 1-5.
- MEILLET, A. (1931): *Compte-rendu de Prace filologiczne. Tome XIV* (Varsovie: Mianowski, 1929) y *Prace filologiczne. Tome XV* (Varsovie: Mianowski, 1930), *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 31/2, 30-34.
- MEILLET, A. (1995): *Pour un manuel de linguistique général. Edizioni di manoscritti conservati al «Collège de France» raccolti e pubblicati a cura di Fiorenza Granucci*, Roma: Accademia Nazionale dei Lincei.
- MARTINET, A. (1962 [1971]): *El lenguaje desde el punto de vista funcional*, M^a R. Lafuente de Vicuña (trad.), Madrid: Gredos.
- MORPURGO DAVIES, A. (1996): *La linguistica dell'ottocento*, Bologna: Il Mulino.
- PAUL, H. (1886² [1970]): *Principles of the History of Language*, H. A. Strong (trad.), College Park (Maryland): McGrath Publishing Company.
- SAUSSURE, F. de (1972 [1916]): *Cours de linguistique générale*, Paris: Payot.
- SAUSSURE, F. de (1974): *Cours de linguistique générale. Tome 2: Appendice. Notes de F. de Saussure sur la linguistique générale*, Otto Harrassowitz: Wiesbaden.
- SAUSSURE, F. de (1993): *Troisième cours de linguistique générale (1910-1911), d'après les cahiers d'Emile Constantin*, Oxford/New York/Seoul/Tokyo: Pergamon.
- SAUSSURE, F. de (1997): *Deuxième cours de linguistique générale (1908-1909), d'après les cahiers d'Albert Riedlinger et Charles Patois*, Oxford/New York/Seoul/Tokyo: Pergamon.
- SAYCE, A. H. (1997 [1880]): *Introduction to the Science of Language*, Delhi: Surjeet Publications.
- SPITZER, L. (ed.) (1930): *Meisterwerke der romanischen Sprachwissenschaft. Zweiter Band*, München: Max Hueber.
- VENDRYES, J. (1937): "Antoine Meillet", *Bulletin de la Société de Linguistique de Paris*, 38. [Cito por la reproducción recogida en Th. A. Sebeok (ed.) (1966): *Portraits of Linguists. A Biographical Source Book for the History of Western Linguistics, 1746-1963*. Vol 2. *From Eduard Sievers to Benjamin Lee Whorf*, Bloomington/London: Indiana University, 201-240].
- VOSSLER, K. (1925[1959]): *Espíritu y cultura en el lenguaje*, A. Fuentes Rojo (trad.), Madrid: Ediciones Cultura Hispánica.